

ALGUNAS NOTAS SOBRE EL NACIONALISMO  
ESPAÑOL (1812-1936)\*

POR

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

*Universidad de Córdoba*

**RESUMEN**

Análisis de los nacionalismos periféricos en el siglo XIX enfrentados al nacionalismo castellano. La pérdida del catolicismo como elemento de aglutinación nacional dio paso a la realidad de un Ejército vertebrador y los intentos de nacionalismo estatal del siglo XX, que no fueron capaces de realizar una adecuada renovación.

**PALABRAS CLAVE:** Nacionalismo, Catolicismo, Gallegismo, Vasquismo, PNV, Lliga catalanista.

**ABSTRACT**

Analysis of the peripheral nationalism in the XIXth century faced to the Castilian nationalism. The loss of the Catholicism as national agglutination element gave the opportunity to have an Army and the state nationalism attempts of the XXth century, that they were not able of accomplishing an adequate renovation.

**KEY WORDS:** Nationalism, Catholicism, Gallegismo, Vasquismo, PNV, Lliga catalanista.

Siempre a la descubierta de temas de gran interés historiográfico y hondo impacto en la opinión culta del país, el sobresaliente politólogo José Álvarez Junco aborda en su última obra —*Mater Dolorosa. La idea de España en el*

---

\* Texto del libro en preparación: *La España de un historiador*.

*siglo XIX* (Madrid, 2001)— una cuestión mayor de nuestro pasado reciente con reflejo y repercusión indudables en el más vivo presente. Autor y obra son así merecedores de una extensa glosa, quen el presente marco no tiene, empero, lugar. No obstante, nos parece obligado al par que honesto manifestar una objeción de base al planteamiento de su sugestivo trabajo. El papel de torcedor de la Iglesia en el proceso de modernización que, pese a todo, implicara el nacionalismo, es cuando menos discutible y resulta pesaroso la escasez de su bagaje documental y bibliográfico al abordar un extremo axial en la formulación de la obra. E igualmente, aunque ya en tono menor, nos semeja asaz desvaído el análisis de las corrientes progresistas en la gestación del nacionalismo hispano decimonónico. Bastaría el papel representado por el progresismo en su surgimiento para conceder a éste un despliegue capital en la evolución de los dos últimos siglos de historia española.

Sino que la delicuescencia del nacionalismo hispano nos habla del escaso influjo que pese a todo jugó aquél en la conformación de un movimiento de muy escaso empuje en la mayor parte de su recorrido. Pues, en efecto, por mucha que sea el potencial e importancia que, desde las polémicas y angustias del presente, se le otorgan, nada puede desprender de su estudioso la impresión de estar ante un fenómeno de muy artificial hinchazón. Sus peripecias historiográficas son harto expresivas de la deturpación padecida en nuestros días por parte considerable de la cultura hispana. Los afanes puestos al servicio del análisis de su trayectoria no guardan —por lo desmesurado— proporción alguna con su impacto real en la sociedad de al menos todo el Diecinueve. La afirmación de los denominados «nacionalismos periféricos», con su evidente necesidad de vigorizar el polo antitético, ha logrado así plenamente el más importante objetivo de su estrategia al agigantar la envergadura de su opositor, convertido hoy en un elemento al fin y al cabo distorsionador de la convivencia al haberse universalmente aceptado su maléfico protagonismo. Las mismas corrientes progresistas que lo alimentaron en su curso decimonónico, lo consideran opuesto al cosmopolitismo y solidaridad que drenan hoy sus mejores energías, tanto a escala hispana como mundial. Comedia de enredo del más alto coturno que llegaría a ofrecerse como divertida si no fuera porque la deriva habitual del nacionalismo suele ser la sangre y el dolor.

Todo, en verdad, conspiraba en el momento de la aparición del nacionalismo hispano a convertirlo en fenómeno más de nuestra sintonía con el contexto europeo, sin que sus comentaristas más buidos cuando ya había andado un buen trecho y brotado con fuerza los regionalismos histórico, —último tercio del XIX— le concediesen más que un papel de baja intensidad en la configuración del presente y del porvenir inmediato. Casi todas las generaciones del siglo presenciaron la mengua del que fuera el primer imperio europeo en la cronología de los tiempos modernos; y su limo no estaba por consiguiente

abonado para encandilarse con un empeño muy alejado de sus deseos y recursos. Las veleidades de la Unión Liberal no pasaron, por ello, de ser flor de un día, agostada muy pronto en la atención y preocupación públicas. Era ya un capítulo definitivamente cerrado en la memoria y deseo del pueblo español. Figuras como Menéndez Pelayo —insuperable conocedor del pasado hispano—, Cánovas —el político de mayor cultura de toda la edad contemporánea—, Valera —en el que la sabiduría humanista se aliaba envidiablemente con la comprensión de la actualidad— o Pérez Galdós —unido tan sólo a los anteriores en el sentimiento patriótico y en la vastedad de su erudición— pensaban al respecto lo mismo que sus coetáneos.

Si tal era el estado de los espíritus, ninguna otra de las fuentes esenciales del nacionalismo se detectaba en la geografía nacional. La economía no necesitaba de cobertura doctrinal alguna para buscar mercado a los escasos productos demandados desde el exterior. Igualmente, el rígido proteccionismo imperante en casi todo el ochocientos, perjudicial con frecuencia para los consumidores, no necesitó tampoco de argumentos relativa o débilmente xenófobos, sólo esgrimidos por Cataluña en el más importante de los fugaces periodos librecambistas.

Recogimiento anímico y fragilidad económica determinaron que el nacionalismo hispano tuviesen su primer itinerario un curso rectilíneo y limitado, acorde con las fuerzas que convergieron en sus orígenes, marcados también como todos los de los procesos de la contemporaneidad por la guerra de la Independencia. El indomable amor a la libertad del pueblo español había hecho posible la liberación de Europa y legado un inestimable mensaje a la posteridad basado en la absoluta primacía del espíritu contra cualquier clase de despotismo. En el orden internacional, «el país de la Inquisición» había sido el primero en entrañar los valores excelsos y emancipadores de la Revolución francesa, valores que, en puridad, no eran más que la actualización de los que asentaron en el siglo XVI la colonización del nuevo mundo. Sobre ellos, en efecto, se asentarían las bases del nacionalismo hispano contemporáneo: la reivindicación ardida e incondicional de la libertad y su corolario de la igualdad sustancial del género humano, templados y modelados los dos principios en el yunque de un cristianismo que inspirara toda la presencia española en la historia.

Esta formulación, cuyo paso por la piedra de toque de la realidad la privaba de alguna exactitud, conciliaba, sin embargo, las ideas dominantes en la conciencia nacional durante la crisis del antiguo régimen y toda la época romántica. Progresistas y conservadores, tradición y apertura aportaban sus aguas y se fundían en un caudal que fecundaría por largo tiempo el nacionalismo hispano. Tal concepción cohonestaba igualmente con la exaltación de la obra de España en América así como con el único deseo expansionista albergado por algunas

Religión, etnia y nación  
Hispania Sacra 54 (2002)

élites española de la centuria aludida, las iberistas, cuyo idea se cifraba en la unión pacífica y concordada con un Portugal que no había encontrado antes del humillante diktat de enero de 1891 su vocación africanista y, por ende, volcado en el enaltecimiento de su obra en el Nuevo Continente.

Por lo demás, era sin duda en el africano en el que afloraban las únicas tentaciones hegemónicas de un país venido a menos y con decidida inclinación por el enclaustramiento en el damero internacional del ochocientos. Mas también aquí privarían los principios fundadores del nacionalismo hispano a la hora de definir un marco de justificación a una empresa latente a lo largo del siglo mencionado y materializada en la expedición odonnellista de 1859-60. Diversos motivos hacen razonable que pueda situarse en ella el verdadero nacimiento del periodismo hispano como fenómeno si no de masas, sí al menos popularizado a través del género que más influiría en su socialización ulterior: la crónica o corresponsalía de guerra dirigida ya no a los estados mayores y a los especialistas, sino a la opinión pública. La guerra de Crimea había confirmado tan importante mudanza en la sociedad briánica y gala y ahora iba a hacerlo en España de la mano de un periodista de raza. Enrolado como voluntario en las tropas mandadas por el conde de Lucena, el antiguo progresista avanzado Pedro Antonio de Alarcón iba a electrizar a los lectores de unas crónicas que dosificaban insuperablemente los ecos y remembranzas de un pasado radiante con las esperanzas de un futuro luminoso en el mismo surco por el que discurrían los viejos afanes y glorias, reverdecidos por unos españoles que se reencontraban con un destino invariablemente presidido por la cruz...

Sabido es como el eco clamoroso de *Crónica de un testigo de la guerra de Africa* desató en algunos de los medios intelectuales más radicales y, por consiguiente, menos ganados por el entusiasmo patriótico suscitado por el conflicto, una campaña hipercrítica contra su antiguo correligionario, acabada sólo con su muerte treinta años más tarde. Pero pese a lo que de cierto hubiera en la descalificadora atribución del cambio experimentado por el autor de *El escándalo* a raíz de la contienda, no cabe negarle la gran intuición de tocar la fibra más sensible de la opinión pública. Catolicismo y monarquía eran todavía los fundentes de la conciencia nacional —lo seguirían siendo hasta una generación ulterior— y Alarcón supo manejarlos como instrumento de movilización ciudadana. Ello venía a probar que la cohesión del país no requería de ningún empleo del nacionalismo y que, a diferencia de muchos otros, no estaba aún al servicio de intereses banderizos o partidistas.

Utilizado en la retórica de los discursos oficiales, en los juegos florales y certámenes literarios provinciales —«Oigo patria tu aflicción...»—, y en los libros y tratados de historia —de tenor enfático por lo común, pero azemado de aristas hirientes—, es lo cierto que el nacionalismo de la mayor parte de la centuria ochocentista dormitó en el altar de los convencionalismos y grandes

principios. Sin contencioso alguno de importancia siquiera mínima con otros pueblos —los ensueños africanistas acicateados por Prim y los Castillejos pronto pasaron a mejor vida; nunca los soldados y mandos gibraltareños gozaron más despreocupadamente de las delicias del clima andaluz que en el XIX—, sin mercados exteriores que defender, sin tensión ni pulso para sostener grandes querellas culturales o políticas en el escenario internacional, España tenía el nacionalismo adecuado a su perfil. Un nacionalismo que, como el concepto y la visión de la historia —de los que a veces se presentaba como una de sus causas y otras uno de sus epifenómenos—, venía a unir en el plano superior de la identidad patriótica a la España del régimen y a la antiliberal —por aquel entonces muy nutrida e importante: militares, curas, catedráticos, notables provincianos y rurales, escritores...—. En la panoplia y bagaje doctrinales de la España de mediados del XIX el nacionalismo se ofrecía, pues, como un elemento más de su comunión con Europa y el clima de la época, bien que desprovisto de la carga potencial que caracterizaba a los de la mayor parte del continente. Espiritado y austero, pacífico y mesurado, sin reivindicación alguna de tierra o de sangre, vertebrador sin esfuerzo de la conciencia e identidad patrias, el nacionalismo español iba a afrontar, en el climax de los grandes pueblos como los italianos y germanos accedido finalmete al estadio de los Estado-nación, la prueba de fuego del desafío de unos regionalismos que también daban en el interior del país un salto cualitativo al reivindicar, como meca de sus aspiraciones, idéntico estatuto estatal...

Hasta entonces, los efluvios románticos habíanse armonizado sin estridencias graves con la común identidad nacional y el folclore y el revival literario de comunidades como la catalana o la galaica se asumieron sin mayores problemas por toda la colectividad hispana, considerándolos como manifestación enriquecedora de la pluralidad española. Su emergencia concidiría, de otra parte, con la creación de un mercado nacional y la construcción de una red radial de ferrocarriles que venían a reforzar la cohesión del país con realidades y símbolos del más genuino progreso. Por *horror vacui* o por la necesidad insoslayable de la dialéctica belicista de los nacionalismos, tanto el catalán como el vasco finiseculares dramatizaron su contrapunto y exageraron hasta desfigurar el nacionalismo español, presentándolo en un interesado y hábil proceso reduccionista, como encarnación de las miras e intereses de Castilla, que plurisecularmente manipulase en su beneficio a todo el resto del país. Ni siquiera la crisis cubana, ahondada justamente a causa de las fuertes inversiones en capitales y hombres del Principado en la principal de las Antillas, dió una tregua en el ardor guerrero de Cataluña y el País Vasco contra Madrid, símbolo y compendio de un Estado parasitario y a punto de ser desahuciado por la historia...

El augurio no se hizo realidad y mal que bien el que ya comenzaba a denominarse Estado español capeó el Desastre y siguió existiendo como herma-

Religión, etnia y nación  
Hispania Sacra 54 (2002)

no menor de los que en el viejo continente se habían lanzado a una frenética carrera por la hegemonía mundial. Pero claramente había perdido la iniciativa en su difícil diálogo con las porciones más vivas y dinámicas de su territorio, crecidas en sus demandas e instaladas en un horizonte de abierta contestación al poder central. El sustrato doctrinal que fundamentaba el ideario de los emergentes nacionalismos peninsulares —el canario tendría unos orígenes muy posteriores y el balear era una débil copia del catalán— se expresó entonces por medio de una literatura de corto perímetro pero de ostensible vis polémica. La lectura del pasado se haría en clave de permanente victimismo, acumulándose agravios y ofensas contra una España cuyo núcleo dominador —el castellano— había permanentemente vampirizado las energías de la nación. La historia se deturpaba y reinventaba sin escrúpulos para demostrar las tesis de pueblos aherrojados por la codicia centralista y obligados al olvido de sus señas de identidad. Más elaborada y de mayor nivel intelectual en el caso catalán, más sumaria y pedestre en el vasco, el discurso de ambos nacionalismos rivalizó en el cruce de una a otra centuria en radicalismos e inexactitudes. Todo era válido —hasta la ginecología!— si llevaba agua al molino de la reivindicación y la protesta. Si, no obstante su indudable inteligencia natural, los pronunciamientos de Sabino Arana se descubrían de insólita elementalidad y sectarismo, no de muy distinta vitola se evidenciaban los del cultivado jurista Prat de la Riba. Una interpretación benévola de sus textos y de los de sus seguidores les daría probablemente el valor de un explicable sarampión, luego curado por el contraste con la realidad. Pero de cualquier modo era un mal precedente, como el tiempo confirmaría. Escasa o nula voluntad existiría en la empecinada pintura al aguafuerte con que se describía varios siglos de historia en común por autores catalanes de indudable fuste intelectual, llegando, conforme es bien sabido, el justamente famoso obispo vigitano Torras y Bagés a censurar las corridas de toros y el cante hondo como opuestos a la verdadera catalanidad.

En los instantes que presenciaban el fastigio de dicha literatura, ninguna otra vino en auxilio del nacionalismo español. Aparentemente, debido a la oriundez de la mayoría de sus autores, la del regeneracionismo pudo servir de contrarresto a los excesos y deformaciones de la primera. Pero a causa del hipercriticismo de su visión, en la que buena parte del pasado nacional se encontraba envuelto en tinieblas, terminaría por dar munición a los nacionalistas vasco-catalanes que veían denunciados desde el hondón de Castilla los males descritos por sus mismos ideólogos. Empero, la aparición de un tercer protagonista en escena —la generación del 98— repristinó estética e historiográficamente al nacionalismo español; mas, con todo, no sirvió como antídoto eficaz al atrabiliario discurso de su antagonista. Realmente, la consagración de los hombres y títulos de la célebre generación llegaría aproximadamente un lustro posterior a la decantación definitiva y al arraigo de los elementos de más

Religión, etnia y nación  
Hispania Sacra 54 (2002)

fácil consumo propagandístico del ideario y la teoría de los nacionalismos de ambas regiones norteñas.

Y aún más. La infirmitad de aquél se acentuó en el tránsito de una centuria a otra por la acusada mengua en su formulación experimentada por uno de sus componentes básicos: el catolicismo. El considerable avance de la secularización en la España de finales del Diecinueve hizo que éste fuera perdiendo lenta pero irreversiblemente su carácter de primordial elemento de la cohesión social y con ello su indiscutible vigor en las expresiones y símbolos del nacionalismo. Hasta que su papel y función se viesan remplazados por el protagonismo del Ejército, transcurrió justamente el tiempo en que se produjo la madurez de la doctrina del nacionalismo vasco y catalán. Alzaprimerando dicho estado de gracia, la debilidad o eclipse del ingrediente religioso en las manifestaciones de su opositor —coincidente igualmente con la crecida de la protesta social en los únicos espacios verdaderamente industrializados del país—, reforzó el fundamentalismo católico de su credo —en especial, en las Provincias Vascas— y atrajo a sus filas a algunos sectores altoburgueses hasta entonces en la órbita «españolista» —en especial, también, en Euzkadi—. En medida muy superior —en términos sociales y políticos— a la aportación literaria noventaiochenta, fue la incorporación sin fisuras del estamento castrense la que proporcionó el viento más fuerte y favorable para la segunda y última —hasta el momento— navegación del nacionalismo español. Bastión y garante del liberalismo, ideológicamente avanzado como demostrara un anticlericalismo poco encubierto, crisol de todas las etnias y sensibilidades de la nación, el ejército se convertiría en los comienzos del siglo pasado en el principal instrumento y portaestandarte del nacionalismo hispano. La asunción incontestada de dicho papel se produjo tras la deriva conservadora y corporativista que tuvo lugar después de un Desastre atribuido injustamente a él con exclusividad, y una vez afianzada y modernizada la formación de sus cuadros con el restablecimiento de la Academia de Infantería en la Ciudad Imperial...

Este cambio habría de traer también, conforme resulta obvio, una mudanza en el discurso. La inversión fue simple pero significativa. El binomio Patria y Religión sustituyó a Religión y Patria, y el contexto de la nueva literatura perdieron fuerza los rasgos civilistas y sacrales en beneficio de los castrenses y laicos. También rabajaron su perfil los universalistas e intelectuales a favor de los castizos y políticos. En fin, el discurso se «interiorizó» y abroqueló. Los enemigos y adversarios, «el otro» se encontraban dentro de las propias fronteras. El separatismo —término que por vez primera adquiriría vigencia social— se presentaba como la «bestia negra» por antanomasia del nuevo nacionalismo, menos retórico y más agresivo que el precedente. Acontecimientos cruciales de la década de los diez —Gran Guerra, frustrada Asamblea de Parlamentarios en Barcelona, huelga general del mismo mes, revolución soviética, hundimien-

Religión, etnia y nación  
Hispania Sacra 54 (2002)

to de los Imperios Centrales —e incluso de la anterior —asalto de la oficialidad barcelonesa a la redacción de Cut-Cut, Ley de Jurisdicciones, intervención en Marruecos, «Ferrerada»— coadyuvaron en ancha medida a la consolidación del nuevo modelo. Sin embargo, a lo largo de todo este tiempo su plataforma doctrinal fue muy reducida por la ausencia de plumas y autores de cierta entidad a la hora de elaborar su pensamiento, lo que se produciría unos años más tarde con la crisis generalizada de la democracia en los felices veinte y la implantación de la primera dictadura.

Entretanto, se produjo un hecho cargado de trascendencia en los fundamentos y manifestaciones del nacionalismo hispano. Los partidos gubernamentales de filiación histórica progresista, muy adheridos e identificados en todo con un ejército «vencedor de la reacción» y «heraldo de las libertades» —como gustaban de decir algunos personajes de las novelas y el teatro galdosianos—, perdieron credibilidad y simpatía a los ojos del estamento castrense, enojado de su trato en la crisis del 98 y receloso ante su creciente debilidad en el ejercicio de la autoridad. La famosa Ley de Jurisdicciones fue acaso la postrera ocasión en que el progresismo en el poder apareció por entero identificado —más exactamente, diríase, plegado— con las miras y pretensiones de los militares. Bien es verdad que, en el periodo ulterior, la decidida e invariable inclinación del «Rey Soldado» por el el partido liberal aplazó dicho divorcio hasta la apertura del «Expediente Picasso», aunque la brecha abierta en las relaciones entre ambos no pudo ya por entero repararse. La única nota de su viejo progresismo mantenida por el ejército hasta la guerra civil fue el talante anticlerical; bien visible incluso en la vanguardia de los «africanistas», principales protagonistas de la «derechización» de su estamento y entre los que la afiliación a la masonería llegó a ritualizarse.

En el periodo aludido —años diez y su coda—, el nacionalismo español y los periféricos —el galaico comenzaba a cobrar fuerza, pese al orillamiento voluntario del clero— siguieron caminos divergentes. Mientras que el primero se «desparlamentarizaba», los segundos revelaron una vigorosa vocación parlamentaria. En la Liga puede decirse que ésta arrancaba desde el instante mismo de su parto, mientras que en el Partido Nacionalista Vasco se despertó a raíz de la declaración del Presidente Woodrow Wilson, impactante incluso en el balbuciente regionalismo andaluz de Blas Infante. Las fuerzas dinásticas vieron, naturalmente, complacidas la iniciativa, que presagiaba, a su mirada, un diálogo fecundo y un futuro esperanzador. Respecto al PNV tal horizonte nunca llegó materializarse por entero, al tiempo que se afianzaba con la Lliga al formar parte de diversos gabinetes tres de sus diputados, entre ellos Cambó, en el famoso gobierno de concentración nacional presidido por Maura en marzo de 1918. Por cierto, del mismo político balear se cuenta que únicamente improvisados de última hora impidieron incluir en su gabinete de concentración de mar-

zo de 1928 al líder y campeón de las tendencias aperturistas y «liberales» del PNV, su diputado en las Cortes generales, Ramón de la Sota, lo que de haber ocurrido habría seguramente cambiado el curso del nacionalismo vasco.

Formando concienzudamente a sus cuadros y militantes para nuevas travesías, el nacionalismo vasco aprovechó el tiempo muerto impuesto por la Dictadura en la vida política de la nación para ir preparando la estrategia municipalista de la que tantos éxitos extraería durante la primera fase republicana. Señal inequívoca de ello fue el reagrupamiento de sus dos principales corrientes, *Comunión Nacionalista* y PNV. Aun sin participar en los esfuerzos de la oposición republicana durante los gobiernos de Berenguer y Aznar por derribar la monarquía, en el abstencionismo del PNV anidaba la convicción de que las horas de Alfonso XIII estaban contadas. Su fin en modo alguno le sorprendió según lo prueba la inmediata puesta en marcha de un modelo autonomista de base municipal al que habremos de referirnos más adelante.

El mayor pluralismo interno y superior riqueza ideológica del nacionalismo catalán prestó a su revisionismo de los años dictatoriales un carácter más doctrinal. El debate fue tal vez más profundo en su seno y se conectó con el suscitado en Europa a propósito de la «viabilidad» de los flamantes estados balcánicos y centroeuropeos emergidos de la primera guerra mundial. A pesar del genocidio de la cultura catalana denunciado muy desmesurada e inexactamente por algunos medios del núcleo duro de la hibernada *Lliga* —atraídos ahora por un resuelto entendimiento con *Ezquerria Catalana*, ganada por una resuelta postura antiestatal—, sus círculos culturalmente más influyentes señalaron la necesidad de intensificar el diálogo con los sectores del pensamiento liberal español. Una vez más, superando contingencias y adversidades, el catalanismo de mayor ascendiente y primacía apostaba por las virtualidades del posibilismo.

Mientras tanto, el nacionalismo español subrayaba sus facetas menos atractivas para la mayoría de sus opositores. La redifinición que de su credo hicieran los ideólogos y escritores situados en los aledaños del poder dictatorial o en su esfera de influencia retornaron al canto de las virtudes guerreras de la raza y de su papel de gonfaloniera de la Iglesia. Este menendezpelayismo reduccionista, poco acorde con el pensamiento maduro del santanderino, satisfacía por completo los deseos de la Dictadura y de los extensos sectores de opinión en que se basara el primorriverismo. La guerra de Marruecos y la ofensiva diplomática y cultural del régimen en América encontraban en él su mejor plataforma argumental. Una defensa del genio étnico sin mácula alguna de racismo xenófobo como garantizaba un catolicismo enfáticamente proclamado y la exaltación del ejército como crisol de las cualidades más descollantes del pueblo español cubrían los frentes propagandísticos más atendidos por la Dictadura. Un rey tan poco cultivado como perspicaz, Alfonso XIII, respaldaba

Religión, etnia y nación  
Hispania Sacra 54 (2002)

sin reservas el tono y el texto de dicho discurso, según demostraría en su belicista alocución romana del otoño de 1923 ante un pontífice tan intelectual como el Papa Ratti. La «guerra divinal», «Santiago y cierra España», la espada al servicio de un Dios exterminador de infieles y herejes, compendia el mensaje que el monarca, en sintonía de onda con el dictador, enviaba desde la Urbe para consumo preferentemente interno.

La ponderación de la voluntad o la exaltación de la autoridad eran características del régimen que le llevaban a colindancias con el fascismo. Pero, conforme es sabido, dichas aproximaciones no fueron más allá. La diferencia abismal, infranqueable entre su ideología y la totalitaria mussolinista estribó en un catolicismo indiscutido en el plano identitario, marginado como fundente histórico y social por el segundo. Los que cabe considerarse como máximos expositores del nacionalismo español en la etapa analizada, el sacerdote vizcaíno García Vizcarra —*Discurso de la Hispanidad* (1927)— y el cosmopolita vitoriano Ramiro de Maeztu modelaron su pensamiento en el torno de un catolicismo considerado como principal elemento de la nacionalidad hispana y de la de los pueblos alumbrados por ella. La cantera para brindis y discursos literarios y políticos quedaba así nuevamente asegurada para varias generaciones, sin que la pusiera en peligro la aparición del indigenismo y la reflexión de la americanidad del lado de algunos pensadores del Nuevo Continente. Rebajada por imposición del clima dictatorial la defensa de las libertades, su antiguo trémolo se sustituía por el enaltecimiento de una religión vivificada por su savia. Con premonición quizá de los vientos que pronto iban a azotar a la política internacional, la revisión del discurso nacionalista español peraltaba sus aspectos defensivos e interioristas, reduciendo, por tanto, la plataforma de encuentro con cualesquiera otros, singularmente, los del propio país.

Al alumbrar la trágica década de los treinta, dos eran las principales versiones del nacionalismo español. Una, de raíces y expresión más o menos menéndezpelayana, pero en la que primaban el componente militar y religioso; otra, acuñada con mayor o menor intensidad en el troquel de la Institución Libre de Enseñanza, más laica y civilista, pero en las que las pulsiones centralistas se hacían sentir con fuerza aún superior a la primera. El diario madrileño «El Sol», numen y máximo troquelador de la *intelligentzia* liberal y republicana, sería su principal portavoz. A modo de tercera de vía, se esbozó, en las postrimerías de la Dictadura, otra por los círculos aglutinados por la ACNP. Si las dos primeras, en especial, la segunda debido a su mayor intelectualismo, apenas penetraron en la masa del país, obvio es aclarar que la descafeinada versión de matriz demócratacristiana no inspiró ni siquiera a su público «natural»: curas y elites estatales. La textura y valedores de la segunda la destinaban por una lógica elemental a ser la dominante en el sistema republicano advenido en abril de 1931. Bien que hubiera sufrido ya una primera frustración en el inten-

to de acercamiento al catalanismo intelectual representado por el I Encuentro de la primavera del año precedente tenido lugar en Barcelona entre destacadas y madrileña, presidida por D. Ramón Menéndez Pidal y compuesta mayoritariamente por figuras del mundo institucionista, el nacionalismo de tal naturaleza semejaba condenado a entenderse con el mayoritario de la región social e ideológicamente más afecta al nuevo estado de cosas.

Según habría de atestiguarlo a menudo, era éste el único de los nacionalismos peninsulares por el que hombre fuerte de la situación conformada en abril de 1931 sentía alguna simpatía y deseaba ganar a una acción conjunta de gobierno. De manera opuesta, los prohombres de la primera etapa republicana menospreciaban al nacionalismo vasco, al que identificaban, en esencia, con los mismos sectores reaccionarios que dentro del país se afanaban por derribar al flamante régimen; opinión de la que, en menor medida, participaban, en último término, Azaña y el propio Indalecio Prieto, free lance en el socialismo vasco en el disentimiento de la dictadura primorriverista y defensor de un autonomismo vasco de esencias liberales y republicanas. Pese a que algunos estudiosos actuales realzan gratuitamente el caudal de ésta corriente, será innegable y finalmente acaso decisiva su presencia en todo el curso del autonomismo vasco en el lustro 1931-36.

Instalada la política exterior del régimen en lo que cabría denominar canovismo republicano por su vuelo corraleño y doméstica querencia, todas sus energías se drenaron al terreno de una fructífera cooperación con el nacionalismo de raigambre izquierdista, en pleamar incontenible, conforme habían demostrado los primeros pasos del nuevo Estado. Posiblemente, los políticos madrileños no siguieron con ello la máxima *divide et impera*, pero una vez más —maleficio o determinismo biológico— descubrieron un pesaroso desconocimiento del nacionalismo de esta porción del país, aglutinado siempre en un programa minimalista en las coyunturas de mayor tensión entre sus corrientes, según sucedía por entonces.